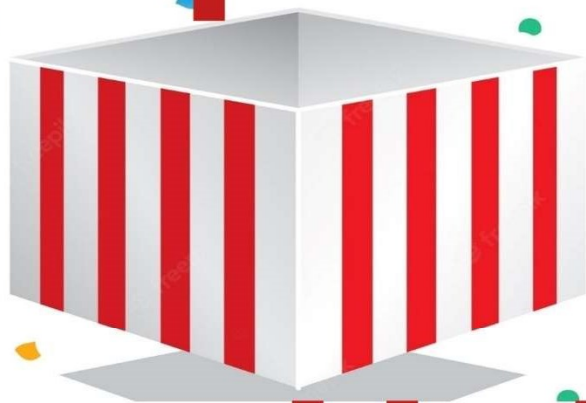


Un libro de descubrimiento de AB

Una



sorpresa



para el bebé

COLIN MILTON

Una sorpresa para el bebé

Una sorpresa para el bebé

por

Colin Milton

Primera publicación: 2021

Derechos de autor © Colin Milton

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, transmitida en ninguna forma, por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o de otro modo sin el permiso previo por escrito del editor y del autor.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, o con hechos reales es una coincidencia.

Una sorpresa para el bebé

Título: Una sorpresa para el bebé

Autor: Colin Milton

Editor: Michael Bent, Rosalie Bent

Editorial: AB Discovery

© 2021

www.abdiscovery.com.au

Contenido

Una sorpresa para el bebé	5
Capítulo uno.....	5
Capítulo dos	9
Capítulo tres	12
Capítulo cuatro	17

Una sorpresa para el bebé



Capítulo uno

No tenía ni idea de la hora. Mamá había decidido semanas antes que no hacía falta tener relojes en ninguna habitación donde fuera probable que pasara tiempo. Durante unos días después de que los quitara por primera vez, aún podía calcular, con bastante precisión, cuándo era la hora de comer, la hora del té, etc., pero poco a poco los minutos y las horas empezaron a difuminarse, como ella sabía que ocurriría.

Mamá cerraba las cortinas a distintas horas del día, a veces vendándome los ojos para distraerme aún más del paso del tiempo. Mis días se definían cada vez más por necesidades más básicas: una

Una sorpresa para el bebé

rutina infantil impuesta por mamá centrada en las necesidades de un bebé pequeño.

Mis días estaban regidos por las limitaciones de los horarios de alimentación, las rutinas de sueño, el tiempo para jugar y, por supuesto, los cambios de pañales.

La mañana había sido un poco diferente a la del día anterior. Me desperté temprano y jugué tranquilamente en mi cuna con los juguetes que mamá me había permitido tener durante la noche. Vino a darme de comer y vestirme para el día, y luego me metieron en mi corralito al fondo de la sala, mientras mamá hacía cosas de mayores.

Me había acostumbrado a la mirada omnisciente de la cámara del monitor de bebés, ubicada en el alféizar de la ventana, cerca del parque. Nunca sabía cuándo me observaban. Simplemente sabía que no había un momento en que no me estuvieran vigilando para asegurar que mi comportamiento se asemejara lo más posible al de un bebé pequeño. En la única ocasión reciente en que mamá me vio actuando inapropiadamente siendo adulta, mi castigo fue rápido e implacable.

Mamá me había puesto la correa de castigo de la guardería en el trasero desnudo hasta que me puse a sollozar para disculparme. Después, pasé cuatro horas enteras en un rincón, con el pañal alrededor de los tobillos y las manos atadas a la espalda. Mi silencio estaba garantizado por la tetina de goma, demasiado grande, que llevaba sujeta a la boca. De vez en cuando, mamá me daba una palmada recordatoria en la parte posterior de las piernas, como si castigara a un niño pequeño desobediente. Cada palmada punzante me hacía reflexionar sobre las razones por las que estaba allí de pie.

La presencia de la cámara garantizaba que todas mis acciones fueran apropiadamente infantiles. Juguetes de bebé de colores brillantes se dirigían instintivamente a mi boca para

Una sorpresa para el bebé

explorar su forma y textura. La baba resultante, que hasta hace poco me había dado vergüenza, era absorbida con avidez por una sucesión de baberos de colores que mamá me colocaba regularmente alrededor del cuello.

Mi infalible pañal y mis calzoncillos de plástico estaban cubiertos por la tela con estampados infantiles del body que llevaba puesto. Tenía las piernas y los brazos al descubierto, y los broches de plástico se unían a la entrepierna del mono. Como había sido desde el primer momento en que la vi, observé atentamente cómo mamá entraba y salía de la sala. Era tan hermosa. Una mirada ocasional, una sonrisa burlona o una retórica;

"¿Entonces eres un buen bebé para tu mamá? ¿Lo eres? ¡Sí que lo eres!", fue mi única recompensa por obedecer cada palabra y capricho. Era suficiente.

Le sonreí desde detrás del protector bucal de plástico de colores brillantes del chupete que llevaba en la boca. Sabía que no debía dejarlo caer de mis labios.

"¡A los bebés hay que verlos, no oírlos!" Recuerdo que mamá me dijo una de las primeras veces que me metió a la fuerza la tetina de un chupete en los labios. Ya no hacía falta forzarlo. Mi chupete era un compañero constante y bienvenido. Me sentía mal por no tener uno en la boca.

Me senté, entreteniéndome como pude con mis juguetes cuando sonó el timbre. Aunque no podía hacer nada, el corazón me daba un vuelco cuando alguien llamaba a la puerta. La realidad era que solía ser alguien a quien mamá había invitado y que conocía mi estado de bebé. Mamá abrió la puerta y oí la voz familiar de la tía Angela. Respiré aliviada.

La tía Angela era mi amiga favorita de mamá. Siempre me hacía un mimo cuando venía de visita, y hoy no fue la excepción. Después de saludar a mamá, se quitó el abrigo y se acercó al parque.

Una sorpresa para el bebé

Era mucho más alta que yo y casi me caigo de espaldas al intentar mirarla.

—¡Hola, cariño! ¿Te estás portando bien con tu mami? — Aunque su tono era cariñoso, había un dejo de burla en sus palabras.

—¡Sus overoles están en la mesa de centro! —dijo mamá—. ¡Los azules con Tigger delante! ¡Creo que se verá mono con ellos y además le gustan!

Miré a la tía Angela esperando alguna aclaración, pero no la hubo; después de todo, a un bebé no se le explican las cosas.

—¡Lo prepararé entonces! —respondió la tía Angela. Vi a mamá entrar en la cocina y, al salir, me miró con los ojos entrecerrados, como una clara indicación de que me portara bien.

Capítulo dos

La tía Angela se volvió hacia mí y me quitó el juguete de plástico de la mano.

—Vamos. Sal de ahí.

Su tono era firme pero amable. Salí del corral y me senté, como me habían enseñado, sobre mi trasero acolchado y afelpado, con las piernas abiertas, esperando su siguiente instrucción.

Me puso una mano detrás de la cabeza y, suave pero firmemente, me empujó el pecho, colocándome boca arriba. Luego me agarró los tobillos y, pierna a pierna, los metió en cada pernera del overol. Me incorporó de nuevo, me subió el peto vaquero por encima del pecho y enganchó los tirantes.

Habló con calma y suavidad mientras lo hacía, comentando cómo había cruzado las correas de mi espalda para que pareciera más infantil. Me calzaron unos zapatos de lona azul pálido con suela blanda y los aseguraron con velcro.

—¡Veamos qué chico tan grande tenemos! —dijo, retrocediendo un paso. Apenas me atreví a mirarla directamente. Sentí que debía de haber quedado ridículo, y claro que así era.

La tía Angela sonrió cálidamente mientras me inspeccionaba.

"¡Qué bonito!", bromeó. "Date la vuelta. Déjame verte bien". Me giré en el acto para que la tía Angela pudiera inspeccionarme.

—Mamá estará contenta. Buen chico. —Hizo una pausa—. Anda, quédate en ese rincón para la tía Angela, como un buen chico. Mira hacia la pared y chúpate el dedo hasta que vuelva mamá.

Una sorpresa para el bebé

Me arrastré hasta mi rincón, me llevé el pulgar a la boca y comencé a chupar suavemente, buscando consuelo ante la vergüenza de lo ocurrido y ante lo que me deparara la tarde. Aunque la vergüenza era muy fuerte, sentía una sensación de calma, seguridad y bienestar. Sabía que, pasara lo que pasara, estaría bien cuidada.

Desde mi rincón, oí a la tía Angela sentada en el sofá y empezando a hojear el periódico mientras esperábamos a que mamá volviera. Pasaron unos diez minutos cuando oí a mamá en la cocina, llenando lo que parecía un biberón. Un sonido que ya me resultaba familiar.

“¿Ha sido un buen chico?”, preguntó mamá desde la sala de estar.

—Sí, sí, ha estado bien. De verdad que está aprendiendo a ser un buen niño. ¡Qué lástima que no haya más chicos que reciban este tratamiento! —dijo riendo.

Sentí que mamá se acercaba por detrás y me dio unas palmaditas suaves en el trasero, como una recompensa infantil. «Vamos, cariño. Vamos».

Cuando me giré, mamá notó que mi pulgar aún estaba en mi boca y sonrió con un placer manifiesto.

"¿Qué buena mamas, verdad?", rió. Me fijé en la bolsa de pañales de tela azul pálido que mamá había dejado en el brazo del sofá. Vi de reojo la tapa de plástico que cubría la tetina de mi biberón. Mi toma del almuerzo.

“¿Vamos en tu coche, Angela?”, dijo mamá.

—Si quieres —respondió la tía Angela—. Sé cómo llegar a casa de Rachael, así que puedo conducir. No hay problema.

Mamá me miró la cara para comprobar que estaba presentable. Al notar una marca, se lamió el dedo y me frotó suavemente la mejilla. "¡Así está mejor!"

Una sorpresa para el bebé

Entonces mamá tomó mi mano, recordándome que debía “aferrarme fuerte a mamá”.

Capítulo tres

Mamá abrió la puerta trasera del coche y me ayudó a sentarme. Sonrió, arrugando la nariz al hacerlo. Me abroché el cinturón de seguridad y, al levantarse, me besó suavemente en la frente y me preguntó: "¿Quieres tu chupete, cariño?". Negué con la cabeza enfáticamente. No quería que nadie más me viera chupándomelo.

—De acuerdo. Mamá se lo quedará por ahora. Podrás quedártelo cuando lleguemos —bromeó.

"¡Seguro que lo necesitaré cuando lleguemos!", me pareció oír decir a la tía Angela al cerrarse la puerta. La vi reírse de lo que había dicho.

—Puse el seguro para niños en la puerta, Angela. Espero que no te importe.

—Claro que sí. ¡No queremos que juegue con la manija de la puerta y se caiga!

Me quedé pensando qué significaba el comentario de la tía Angela sobre necesitar mi chupete. ¿Adónde íbamos?

No tuve que esperar mucho antes de que se aclarara. El coche se detuvo frente a un salón de belleza. Me sentí aliviada al verlo, pues recordé que mamá le había dicho a la tía Angela la semana pasada que necesitaba hacerse la manicura pronto.

Mamá abrió la puerta y continuó su conversación con la tía Angela. Me desabrochó el cinturón de seguridad automáticamente y me tendió la mano, agarrándome la mía mientras salía.

Una sorpresa para el bebé

“Quédate ahí como un soldado para mamá mientras te pongo las riendas de la muñeca”.

Tragué saliva. Si no me hubiera sentido ya avergonzada por lo que llevaba puesto, llevar una rienda de muñeca podría haberme sonrojado. La tía Angela cerró el coche con llave mientras mamá me pasaba la correa por la muñeca.

“Mamá”, comencé, “no necesito el...”

Mamá se sorprendió de mi bravuconería infantil y fuera de lugar. Sonrió y le comentó a la tía Ángela.

¡Qué dulce! ¿Oíste eso, Angela? ¡Un niño que cree saber más que su mamá qué es lo mejor para él! —Se rió una vez más antes de mirarme fijamente a los ojos—. ¡No lo creo, cariño!

Apretó el lazo con fuerza alrededor de mi muñeca, con tanta fuerza que me hizo estremecer ante la repentina constricción. «Harás lo que te digan y aceptarás lo que mamá y la tía Angela decidan que sea mejor para ti».

"Tengo su bolsa de pañales", escuché decir a la tía Angela.

Miré la bolsa azul pálido del bebé que llevaba al hombro y luego volví a mirar a mamá mientras se pasaba el otro extremo de la correa por la muñeca izquierda. A menudo, cuando salimos, mamá sujeta el exceso de correa en la mano para disimular que me lleva con una correa de bebé. Hoy, sin embargo, la correa multicolor y fluorescente colgaba libremente entre nuestras muñecas, dejando claro mi apego infantil a cualquiera que se fijara.

—¡Vamos, pórtate bien! Nadie quiere oír tus tonterías de bebé, ¿me oyes? Me miró con severidad, esperando mi respuesta.

“Sí, mami”, respondí sabiendo que cualquier otra respuesta probablemente resultaría en una bofetada en las piernas.

Entramos al salón y miré a las mujeres que estaban *embelleciéndose*. Una o dos me miraron y sonrieron con

Una sorpresa para el bebé

indulgencia, sin duda notando la rienda de bebé y el aplique infantil en mis overoles. Sentí cómo me sonrojaba mientras me miraban y susurraban.

Escuché a una señora decir: "¡Tengo que conseguirme uno de ellos!" y la oí reír junto con la señora sentada a su lado.

¡Hola, Rachael! ¡Logramos llegar! —le dijo mamá a una señora detrás del mostrador de recepción—. Nos llevó un poco más de tiempo traerlo, pero bueno, ya estamos aquí para su cita.

"¿Su nombramiento?" ¿Escuché bien? La respuesta llegó al instante.

—De acuerdo —respondió Rachael—. ¿Por qué no pasan a la sala de tratamiento de atrás? Ya tengo todo listo.

"¿Cosas?", pensé. "¿Qué 'cosas'?"

Mamá me tomó de la mano y seguimos a Rachael hasta la sala principal de tratamientos, en la parte trasera de la tienda. Entramos en una sala con una camilla en el centro. A un lado, había bancos llenos de diversas pociones y lociones. Armarios con puertas de cristal esmerilado ocultaban su contenido, aunque su forma y color eran evidentes.

Mamá empezó a desatarme la correa de la muñeca mientras hablaba. Debí de parecer algo desconcertado mientras miraba alrededor, preguntándome por qué estábamos allí. No me sentí cómodo al oír «*su cita*».

Rachael le dijo a mamá: "¿Le han hecho esto antes?"

No, así no. Lo afeitan con regularidad, pero puede ser un poco pesado y, bueno, me gustaría algo un poco más duradero, si no permanente. Creo que una depilación corporal completa sería más apropiada para un pequeñito. El vello se ve ridículo. Se giró hacia mí.

"Y no queríamos eso ahora, nena, ¿verdad?"

Una sorpresa para el bebé

Pude sentir que me sonrojaba otra vez.

Bueno, lo que le voy a hacer se llama depilación con azúcar. Probablemente sea el método de depilación más natural y antiguo. Incluso los egipcios lo practicaban hace más de 2000 años, así que estoy bastante segura de que es seguro, ¡incluso para bebés grandes! Es simplemente una mezcla de azúcar, limón y agua que aplico en la zona de la piel y, con un suave toque, el azúcar se retira del cuerpo, llevándose consigo el vello y la raíz.

“¡Eso suena perfecto!” dijeron mamá y tía Angela casi al mismo tiempo.

—Bueno, ¿lo desnudamos y lo ponemos en la mesa entonces? —sugirió Rachael—. Creo que primero le haremos el pecho, los brazos y las piernas, luego la espalda y luego veremos qué otras partes necesitan estar depiladas.

Las tres mujeres se rieron de las palabras de Rachael mientras mamá me quitaba los zapatos y luego desabrochaba las correas de mi overol, bajándolo rápidamente al suelo. La camiseta color pastel apenas cubría los primeros centímetros de mi pañal y mis pantalones de goma.

—¡Ay, cariño! —dijo Rachael mientras me veía desnudarme—. ¡Tu mamá te tiene en pañales! ¡Qué guapa estás!

Me sentí abrumada por la vergüenza y la emoción. Aparté la mirada y vi la radiante sonrisa de mamá. Disfrutaba de mi humillación.

"¡Brazos arriba, cariño!", dijo mamá, e instintivamente levanté las manos *hasta el cielo* mientras mamá me quitaba la camisa, dejándome desnuda salvo por un pañal grueso y unos pantalones de goma con dibujos de camiones volquete en colores primarios.

—¡Dios mío! —rió Rachael—. ¡Todavía usa pañales!

Una sorpresa para el bebé

"Ay, es mucho más fácil así", respondió mamá mientras doblaba mi ropa y la apartaba. "Es increíble lo bien que se porta cuando lleva pañal con cierre". Entonces, señaló el pequeño candado que colgaba delante de mis pantalones.

—¡Ay, qué idea tan genial! —se rió Rachael—. ¿Así que no puede quitárselos él mismo?

—No, no puede. Está encerrado en sus juguetes hasta que mamá decida cambiarlo.

—De acuerdo —dijo Rachael—. Pongámoslo en la mesa y empecemos.

Mamá chasqueó los dedos señalando la mesa.

"¡Arriba!" ordenó, como si estuviera hablando con un perro bien entrenado.

Seguí sus instrucciones sin rechistar y me tumbé en la mesa. "Es como cambiarle el pañal, ¿verdad, cariño?", bromeó mamá.

"Esto podría ser muy doloroso para él. ¿Es probable que grite?", preguntó Rachael mientras se ponía unos guantes de látex.

—Tengo su chupete aquí por si acaso. Puede chuparlo si hace falta. Pero si se porta muy bien... —Mamá se inclinó hacia mí—. Si se porta muy bien, ¡mamá le comprará un juguete nuevo para su cuna con el que podrá jugar en cuanto lleguemos a casa! ¿Verdad que será divertido? —dijo.

A pesar de mí mismo, me decidí a soportar el dolor en silencio con la esperanza de recibir una recompensa, aunque una recompensa más propia de un bebé de tres meses. Saber que era un regalo de mamá me bastaba.

Capítulo cuatro

Observé con ansiedad cómo la señora empezaba a aplicarme cera tibia y ligeramente fragante en el pecho. No fue una sensación desagradable mientras la extendía por mi cuerpo. Mamá estaba de pie junto a mí mientras Rachael seguía extendiéndola con suavidad. Mamá sonrió con indulgencia y me acarició las mejillas con los dedos.

Rachael volvió a colocar la espátula en el recipiente calentador y colocó una tira de tela sobre mi piel cubierta de cera. Sabía que iba a doler cuando empezó a presionar y frotar la tela firmemente sobre la cera.

Mamá notó mi nerviosismo y me hizo callar suavemente: «Tranquila, cariño. Tranquila. Mamá está aquí y esto es lo que quiero. Sé un buen chico ahora».

Y, en ese momento, me arrancaron con fuerza la tira de tela del pecho. El dolor agudo me hizo jadear y cerrar los ojos con fuerza. Oí a las tres mujeres reírse de mi reacción. Abrí los ojos y miré a mamá con súplica. Eso me había dolido. Pero supe, por la expresión de mamá y sus ojos risueños, que esto era solo el principio.

—Creo que será mejor que le dejemos el chupete mientras hacemos esto, ¿no? —dijo mamá—. De verdad que no quiero que haga ruido y, además, ¡le encanta su chupete! ¿Verdad, cariño?

Rachael respondió que le parecía buena idea, ya que aún faltaba mucho. Mamá metió la mano en la bolsa de pañales, sacó el chupete gigante y me lo metió en la boca. ¡Apenas empecé a

Una sorpresa para el bebé

succionar el pezón, Rachael me arrancó otra tira! Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas de dolor, pero no iba a haber tregua.

En los siguientes treinta minutos, aproximadamente, perdí todo el vello corporal. Hasta el último pelo debajo de la nariz desapareció.

Mi zona del pañal, ya bastante suave (o eso creía), recibió toda la atención de Rachael. Esta zona solo le llevó tanto tiempo como el resto de mi cuerpo. Fue muy cuidadosa y delicada, aunque el simple hecho de que me depilaran los genitales me resultaba tremendamente vergonzoso.

Mamá observó mi cuerpo sin vello y sonrió con satisfacción.

—Eso está mejor, ¿verdad, pequeña? Mamá tendrá que mantenerte así de ahora en adelante, ¿verdad? ¡Ahora será mucho más fácil mantenerte limpia!

No tenía sentido intentar responder. No era necesario ni mis sentimientos habrían influido en lo que iba a suceder.

"¿Qué tal si lo traigo de vuelta en unas cuatro semanas?"

Mamá le preguntó a Rachael mientras me cambiaban los pañales.

—¡Suena perfecto! Lo anotaré en mi agenda personal. Incluso podría traerle algunos juguetes de bebé de casa —respondió Rachael.

Cuando mamá terminó de vestirme, me dio la vuelta y me dio una instrucción: «¡Dale las gracias a la tía Rachael ahora! Para que vea que estás agradecida».

—¡Gracias, tía Rachy! —murmuré lo mejor que pude, pasando al tonto.

Todas las damas sonrieron ampliamente mientras mamá tomó mi mano y me guió hacia la puerta.

Una sorpresa para el bebé

Estaba emocionada y aterrorizada a partes iguales. El cuidado del bebé era intenso, pero empezaba a gustarme de una forma que me sorprendía. No solo lo disfrutaba. Se sentía bien, natural y normal, como si volviera a un lugar al que pertenecía, un lugar del que nunca debí haberme ido.

Infancia. Infancia. Dependencia.



***Si te gustó esta historia, consulta el catálogo completo en
www.abdiscovery.com.au***